

La crítica que Chesterton lanza contra Nietzsche se podría aplicar al Foucault de *Vigilar y castigar*:

La adoración descabellada de la falta de ley y la adoración materialista de la ley conducen al mismo vacío. Nietzsche escala montañas tambaleantes, pero termina en el Tíbet. Se sienta al lado de Tolstói en el país de la nada y el nirvana. Los dos están inermes: uno porque no debe aferrarse a nada, y otro porque no debe dejar escapar nada. La voluntad tolstoyana se paraliza ante el instinto budista de que cualquier acción en particular es mala. En cambio, la nietzscheana se paraliza por su intuición de que todas las acciones son buenas, pues, si todas las acciones particulares son buenas, es que no tienen nada de particular<sup>76</sup>.

El modelo heredado de la tradición no es siempre bueno por sí mismo (por el mero hecho de ser legado de los ancestros). Por otro lado, la razón pura no se basta para discernir por su cuenta –no puede distinguir entre elementos relevantes e irrelevantes para esos pequeños animales con pequeñas trazas de razón que somos los humanos–. En estas condiciones, resulta tentador mantenerse en una zona de confort que no obligue a comprometerse con nada en concreto.

En eso, dicho sea de paso, radica toda la debilidad de Nietzsche, a quien muchos tienen por un pensador fuerte y arriesgado. Es innegable que fue un pensador poético y sugerente, pero no era ni fuerte ni arriesgado. Nunca tuvo el valor de decir lo que pensaba con claras palabras abstractas, como hicieron Aristóteles, Calvino o incluso Karl Marx, que eran pensadores valientes e implacables. Nietzsche siempre escapaba a las preguntas con una metáfora del mundo físico, como haría un poeta menor. Dijo «más allá del bien y del mal», porque no tuvo el valor de decir «mejor que el bien y que el mal» o «peor que el bien y que el mal». Si se hubiera dejado de metáforas, habría visto que eso era un disparate. Así, cuando

---

<sup>76</sup> G. K. Chesterton, *Ortodoxia*, Barcelona, Acantilado, 2013, p. 54.

describe a su héroe, no se atreve a decir: «el hombre más puro», «el hombre más feliz» o «el hombre más triste», pues eso serían ideas y las ideas le asustan. Dice: «el hombre superior» o «el superhombre», que son metáforas físicas propias de acróbatas o de alpinistas. Nietzsche es un pensador muy tímido. En realidad, no tiene ni idea de qué hombre quiere que produzca la evolución<sup>77</sup>.

La frágil objetividad que late en el lugar de los poetas, nos obliga a colocarnos entre dos polos cuyo encaje es problemático. La apuesta por buscar enlaces más adecuados y más armónicos exige decidir qué debe ser conservado, abolido o reformado en cada caso. Ante esta precariedad, resulta tentadora la apuesta por extremos insensatos pero, al menos, firmes y estables: (1) un repliegue reaccionario: ante la duda sobre dónde nos puede llevar la creación y el libre juego (una vez se empiezan a modificar normas milenarias), mejor no tocar nada y confiar en la tradición (que, al fin y al cabo, es un remedio milenario de eficacia probada para la cohesión de comunidades humanas). O (2) un desenfreno nihilista: ante la constatación de que tenemos capacidad creadora, considerar cualquier ocurrencia personal tan válida como cualquier otra y, por lo tanto, renunciar a todo, disolver la idea misma de verdad e impugnar cualquier criterio moral (no porque se considere malo sino porque se considera un criterio).

Resulta cómodo en términos teóricos apostar por conservarlo todo o destruirlo todo. Lo difícil es, sin modelo al que aferrarse, confrontar algunas cosas y defender otras, sosteniendo que tiene sentido objetivo la idea de un mundo mejor (aunque haya que crearlo).

El jacobino sabía no sólo contra qué sistema se rebelaba, sino (lo que es más importante) contra qué sistema no se rebelaba, en qué sistema confiaba. En cambio, el nuevo rebelde es un escéptico y no se fía de nada. Carece de lealtades, y por lo tanto no puede ser un auténtico revolucionario<sup>78</sup>.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 52.

El problema, sin duda, es la situación de precariedad que corresponde a la política. Sin embargo, es un hecho que hay objetividad en ese terreno o, como mínimo, que todo el mundo confía en que la haya, aunque se trate de una objetividad que sólo se alcance mediante discusiones en las que parece que nunca hay nada concluyente.

Ahora bien, este planteamiento (que es en el que se basa la idea misma del parlamentarismo) tiene como mínimo dos condiciones.

En primer lugar, es imprescindible que el espacio público no esté corrompido. Si todo el espacio de la discusión pública está secuestrado por un grupo pequeño de individuos (capaces de hacer valer sus intereses privados), todo está perdido. Los medios de comunicación y de expresión deben ser considerados una institución sagrada de la República. Quien los manipula, monopoliza o utiliza como herramienta de parte, comete el peor de los crímenes contra la libertad y el progreso. El acceso plural al espacio público debe estar protegido por las leyes al menos tanto como la libertad de cátedra o la independencia judicial. Los profesionales de la comunicación son depositarios y garantes de un derecho fundamental de todos y, por lo tanto, un sistema en el que pueden ser contratados o despedidos caprichosamente por un particular es un atentado contra la civilización.

En segundo lugar, es necesario que la humanidad no haya perdido las ganas de discutir ni la esperanza de que es posible un mundo mejor. Una esperanza que, en realidad, no puede depender ni del optimismo ni del pesimismo, pero sí requiere, por decirlo de nuevo con Chesterton, de alguna suerte de «patriotismo cósmico»:

Mi aceptación del universo no es una prueba de optimismo, sino que se parece más bien al patriotismo. Es una cuestión de lealtad primaria. El mundo no es una pensión de Brighton de la que vamos a mudarnos porque nos parece deprimente. Es la fortaleza de nuestra familia con la bandera ondeando en el torreón, y cuanto más deprimente, más motivos tenemos para no abandonarla. La clave no es que este mundo sea demasiado triste para amarlo o demasiado

alegre para no amarlo, sino que, cuando amamos algo, su alegría es una razón para amarlo y su tristeza una razón para amarlo aún más. Todas las ideas optimistas o pesimistas sobre Inglaterra son razones similares para el patriota inglés, igual que el optimismo y el pesimismo lo son para el patriota cósmico.

Supongamos que nos enfrentamos a un caso desesperado, como por ejemplo el barrio de Pimlico. Si pensamos en lo que verdaderamente es mejor para Pimlico encontraremos el hilo que nos lleva al trono o a la mística y a lo arbitrario. No basta con desaprobar a Pimlico, en cuyo caso tendríamos que cortarnos el cuello o mudarnos a Chelsea. Ni tampoco es suficiente con dar nuestra aprobación, porque en ese caso tendríamos que quedarnos, y eso sería horrible. La única salida parece ser amarlo con un vínculo trascendental y sin razones terrenales, para que en Pimlico se alcen torres de marfil y pináculos de oro, y Pimlico se emperifolle como una mujer que se sabe amada. Pues los adornos no son para esconder cosas horribles, sino para adornar cosas que ya eran adorables. Una madre no le pone un lacito azul a su bebé porque sin él estaría horrible. Un enamorado no le regala un collar a su amada para ocultarle el cuello. Si la gente amase Pimlico como aman las madres a sus hijos –arbitrariamente, porque son los suyos–, en un año o dos sería más bello que Florencia. Algunos lectores dirán que esto es pura fantasía. Yo les respondo que es la historia de la humanidad. Así, de hecho, es como se hicieron grandes las grandes ciudades. Remontémonos a las raíces más recónditas de la civilización y veremos cómo se enroscan en torno a alguna piedra sagrada o rodean algún pozo consagrado. La gente primero rendía honores a un lugar y luego buscaba su gloria. Los romanos no amaban a Roma porque fuese grande. Era grande porque la habían amado<sup>79</sup>.

Ahora bien, por mucho que amemos el mundo, siempre va a haber una dificultad (irresoluble por la vía de la ciencia) para decidir qué se debe crear, cómo se debe construir, dónde hay que introducir reformas y en qué dirección, qué debe ser demolido, qué debe ser conservado y protegido (decisiones tan concretas

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, pp. 87-89.

como qué terrenos pueden ser anegados para construir una presa y qué bienes naturales o tradicionales tienen preferencia frente a la producción de electricidad)<sup>80</sup>.

Cualquier construcción que realicemos será eso: una mera construcción de entre las muchas posibles que podríamos haber hecho; será algo contingente y convencional; cualquier entramado cultural podrá arroparnos y protegernos, pero no siempre es fácil separar lo que nos protege de lo que nos asfixia. Vivir sin un entramado cultural que nos arrope, sin ciertas convicciones firmes, sin ciertos lugares y días sagrados, o sin creernos (al menos un poco) que las palabras que usamos son «las buenas», es para los humanos como vivir a la intemperie. Como programa político, no se puede avanzar mucho más allá de, en el marco de unas instituciones republicanas, dejar a los humanos en paz y en libertad para desarrollar su propia vida. No es previsible que un «intelecto liberado» nos conduzca a una mazmorra; pero tampoco que nos condene a la indigencia ni a la ausencia completa de dioses y lugares sagrados. Cabe esperar que nos permita no tomarnos nuestro orden cultural tan en serio como para convertirlo en una cárcel, pero tampoco tan a la ligera como para quedar a la intemperie. En definitiva, aun sabiendo que todo perece, no hay más salida al nihilismo que «construir en granito nuestras moradas de una noche»<sup>81</sup>.

Ahora bien, ¿por dónde debemos empezar a construir esas moradas, aunque sean para una noche? El intento de empezar por grandes principios generales para deducir de ellos un modelo (con el que dar forma al mundo como si fuera un zapato) ha tenido los efectos con los que nos ha escarmentado el siglo XX. La superioridad de la raza como principio supremo no podía tener más resultado que los hornos crematorios. Por su parte, el intento de ahormar el mundo, contra su voluntad, en una

---

<sup>80</sup> En este sentido, resulta ejemplar la sensatez y el buen juicio de Santiago Alba Rico en *¿Podemos seguir siendo de izquierdas? Panfleto en sí menor* (Barcelona, Pol-len, 2013), donde expone la necesidad de ser revolucionario en lo económico, reformista en lo institucional y, en gran medida, conservador en lo antropológico.

<sup>81</sup> Franco Volpi, *El nihilismo*, Buenos Aires, Biblos, 2011, p. 169.

gran filosofía de la historia tampoco ha tenido resultados venenables. Y, por supuesto, establecer la eficiencia, el progreso técnico y el desarrollo económico como único patrón de medida parece conducirnos a un naufragio antropológico y al colapso del planeta.

Quizá convenga empezar por el otro extremo: la ternura por las cosas; tocar algún pequeño detalle del mundo cuya validez se muestre por sí misma (de un modo autoevidente) y orientarse a partir de él. En este punto, conviene también hacer propia la incendiaria prudencia de Chesterton: cuando «algunos médicos y otras personas a las que la ley moderna autorizó a dictar normas»<sup>82</sup> se enfrentaron al problema de las plagas de piojos en los barrios pobres de Inglaterra, decidieron que era necesario cortar el pelo a todos los niños. Ni por un momento se les ocurrió que era posible mejorar la vida de los suburbios y acabar con los piojos. «Sería largo y laborioso cortar la cabeza de los tiranos; es más fácil cortar el pelo de los esclavos»<sup>83</sup>. Sin embargo, aunque sea menos rápido y eficiente, quizá sea más juicioso razonar y discutir empezando desde el otro extremo:

Debemos empezar todo de nuevo enseguida, y empezar por el otro extremo. Yo empiezo con el pelo de una niña. Sé que eso es una cosa buena en cualquier caso. Cualquier otra cosa es mala, pero el orgullo que siente una buena madre por la belleza de su hija es bueno. Es una de esas ternuras inexorables que son las piedras de toque de toda época y raza. Si hay otras cosas en su contra, hay que acabar con esas otras cosas. Si los terratenientes, las leyes y las ciencias están en contra, habrá que acabar con los terratenientes, las leyes y las ciencias. Con el pelo rojo de una golfilla del arroyo prenderé fuego a toda la civilización moderna. Porque una niña debe tener el pelo largo, debe tener el pelo limpio; porque debe tener el pelo limpio, no debe tener un hogar sucio; porque no debe tener un hogar sucio, debe tener una madre libre y disponible;

---

<sup>82</sup> G. K. Chesterton, *Lo que está mal en el mundo*, Madrid, Ciudadela, 2006, p. 196.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 197.

porque debe tener una madre libre, no debe tener un terrateniente usurero; porque no debe haber un terrateniente usurero, debe haber una redistribución de la propiedad; porque debe haber una redistribución de la propiedad, debe haber una revolución. La pequeña golfilla de pelo rojo dorado, a la que acabo de ver pasar junto a mi casa, no debe ser afeitada, ni lisiada ni alterada; su pelo no debe ser cortado como el de un convicto; todos los reinos de la tierra deben ser destrozados y mutilados para servirla a ella. Ella es la imagen humana y sagrada; a su alrededor, la trama social debe oscilar, romperse y caer; los pilares de la sociedad vacilarán y los tejados más antiguos se desplomarán, pero no habrá de dañarse ni un pelo de su cabeza<sup>84</sup>.

---

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 199.